

Reflexiones sobre el Medio Oriente

I) La importancia del Medio Oriente

Desde la Antigüedad, el Medio Oriente, por su especial configuración geográfica y humana, ha representado por lo menos para el mundo occidental un sitio de interés vital. Ahora, por razones conocidas algunas de las cuales iré mencionando, esa zona del mundo se ha convertido en la actualidad en lo que probablemente sea la región más decisiva, una zona en la que se juegan los intereses de todo el mundo. Por múltiples razones que no sería difícil ofrecer y que van desde la religión hasta el petróleo, nadie de hecho es indiferente a lo que allí sucede. Una prueba palpable de ello son las numerosas comisiones, iniciativas, propuestas, convenciones y demás que se han generado para intentar encontrar una solución a los graves conflictos que han asolado la región pero, muy especialmente, al conflicto entre el estado de Israel y el pueblo palestino. Un buen ejemplo de todo esto es la comisión dirigida por Anthony Blair, la cual no ha sido otra cosa que un estrepitoso fracaso: cada propuesta hecha por Blair para construir el estado palestino es tranquilamente vetada por Israel y así el juego continúa indefinidamente. Otro ejemplo de este interés mundial por el Medio Oriente nos lo proporciona el tristemente célebre “Grupo de los 4”, constituido por los Estados Unidos, Rusia, la Unión Europea y la ONU. Por razones que es urgente analizar, lo cierto es que este grupo también ha fracasado rotundamente en sus intentos por estabilizar el Medio Oriente y ponerle un término a un horrendo conflicto que dura ya 60 años. Aquí la pregunta inquietante es: asumiendo en aras de la exposición que las potencias del orbe efectivamente se propusieron implantar la paz en Medio Oriente: ¿cómo es posible que no lo hayan logrado? ¿Cómo explicarnos que los países más poderosos del mundo no hayan podido imponer una paz justa y duradera en el Medio Oriente? A esa pregunta quisiera meramente sugerir una línea general de respuesta.

II) Peculiaridades del conflicto actual

Guerras en el Medio Oriente siempre las ha habido, entre otras razones porque, como Turquía, se trata de una zona de paso entre Oriente y Occidente. Sin embargo, inclusive si fue por medio de las falanges romanas, de los ejércitos turcos o de las divisiones británicas, lo cierto es que cuando los poderosos del momento quisieron implantar la paz, aunque fuera una paz de corte imperialista, la implantaron. ¿Por qué ahora no? Pienso que hay un sinnúmero de factores que contribuyen al actual estado de cosas, como lo son las razones de geopolítica de las potencias involucradas, el petróleo y sus vaivenes, los diversos intereses nacionales, etc. Sin duda esos factores y otros que podrían mencionarse son no sólo relevantes sino

cruciales en la gestación y para la comprensión del fenómeno. No obstante, a mí me parece que hay **dos** factores primordiales y sin los cuales la situación actual simplemente no se comprende. Está, en primer lugar, el sionismo mundial y, en segundo lugar, la estructura y el funcionamiento de las sociedades árabes mismas. Yo creo que es muy importante tener claridad en relación con estos dos temas, temas delicados, sobre los cuales cualquier pronunciamiento tiene que ser cuidadoso en grado sumo. Eso es lo que intentaré hacer en forma breve y escueta en lo que sigue.

III) *Sionismo, anti-semitismo e Israel*

Quizá lo primero que deberíamos decir es que el concepto de sionismo es un concepto que ha sufrido una notable evolución con el paso del tiempo. El concepto es el producto del pensamiento y la acción política de Teodoro Herzl. Surgió, por lo tanto, hacia la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, cuando por una parte la población judía de Europa occidental ya se había emancipado, pero por la otra seguía siendo una población estigmatizada en el seno de sociedades esencialmente cristianas, las cuales les seguían siendo profundamente hostiles. Sin embargo, era claro para entonces que las comunidades judías occidentales, a pesar de ser permanentemente hostigadas, habían ya dejado atrás la fase de persecución abierta y de verdadero Apartheid en el que habían vivido hasta hacía no mucho tiempo antes. Más aún: contaban ya para entonces con grupos tan fuertes económicamente que estaban a partir de ese momento en posición de generar ideólogos que de manera realista soñaban ya con congregar a la diáspora en lo que se supone que había sido su reino de origen. El movimiento sionista, por lo tanto, se inició como un movimiento reivindicatorio de expectativas naturales de las poblaciones judías de Europa, pero también como un movimiento con objetivos morales y humanistas de carácter universal. Salta a la vista entonces la complejidad del asunto: si bien en su origen lo que había era un problema europeo y cristiano (el cual consistía en que de hecho las sociedades se resistían a la integración real de cierta etnia y a reconocerle *de facto* y no simplemente *de jure* a sus ciudadanos judíos el mismo *status* que les conferían a sus ciudadanos cristianos), la solución se buscaba en otra región del mundo y a expensas de otros pueblos. Al decir esto tengo en mente sobre todo a los países de Europa Occidental. Los casos de las comunidades judías en países como Polonia, Lituania, Rusia, etc., son muy parecidos, pero con especificidades propias. Dado el retraso de esos países, en ellos habría sido simplemente impensable que en la misma época un movimiento como el sionista hubiera visto la luz. Lo que, por lo tanto, muchos judíos de esas tierras tendían a hacer era o emigrar o incorporarse al movimiento revolucionario ruso. Independientemente de lo anterior, lo que sí podemos aseverar es que el sionismo original emergió sobre todo como un movimiento de defensa de judíos, un movimiento que ya podía ejercerse y que constituía una vigorosa respuesta al ancestral anti-semitismo católico europeo.

Después de la derrota de la Alemania Nacional-Socialista se configuró un mapa de fuerzas que resultó particularmente propicio para el movimiento sionista. En primer lugar, resultaba imposible simplemente ignorar lo que había sido una brutal persecución de las poblaciones judías a lo largo y ancho del continente europeo y, por otra parte, era ya para entonces un hecho incuestionable que en un periodo relativamente muy breve las lejanas comunidades judías de los Estados Unidos se habían desarrollado económica, cultural y políticamente de un modo increíble y, hasta podría decirse, desproporcionado. Ambas realidades reforzaron los proyectos sionistas cuyos lineamientos generales habían sido ya delineados por Herzl y sus sucesores. Así, por fin, en 1948, con una justificación moral fundada en la historia reciente y la decidida intervención de las influyentes comunidades judías occidentales pero sobre todo las de Estados Unidos, Inglaterra y Francia (y, naturalmente, el visto bueno de Stalin, sin el cual el proyecto se habría complicado muchísimo), se creó un nuevo estado, debidamente reconocido por la ONU, esto es, el estado de Israel. Se transitó entonces hacia una segunda fase del sionismo, esta vez sobre todo bajo la influencia de los muy poderosos e influyentes grupos judíos norteamericanos. Así, casi automáticamente, los sionistas pasaron de ser representantes o portavoces de un pueblo perseguido en Europa a gobernantes y dirigentes de un país persecutor en el Medio Oriente. El sionismo dejó entonces de ser estrictamente hablando una ideología popular y humanista para convertirse paulatinamente en una política de un estado expansionista. Podríamos decir que casi súbitamente los hasta entonces reprimidos se transformaron en represores. La prueba de su efectividad en tanto que represores no la tenemos en el terrorismo judío durante el periodo final del Protectorado británico, puesto que en última instancia era esa una guerra de independencia, sino en el modo mismo de creación del estado de Israel: ese país nació mediante una brutal e inmisericorde expulsión de todo un pueblo de lo que hasta entonces y por cientos de años había sido su tierra, esto es, el pueblo palestino. Seamos francos: si el ghetto de Varsovia es un monumento a la maldad humana, el modo como los palestinos fueron desplazados lo es mucho más. Fue entonces que en forma abierta se inició el conflicto que perdura hasta nuestros días y que, mucho me temo, habrá de durar todavía algunos lustros más.

El problema con el sionismo es que se planteó la formación de un estado no sólo para que en él vivieran en seguridad los judíos dispersos por el mundo, sino básicamente para que fuera exclusivamente el país de una etnia o, quizá mejor, de una etnia religiosa. Esto en sí mismo es ya un proyecto histórico rebasado. Desde un punto de vista racial, me parece que podemos confiadamente sostener que, quizá dejando de lado muy reducidos núcleos poblacionales, la población judía está tan mezclada como la italiana o la mexicana o la inglesa. De hecho, ese es un problema grave para los partidarios de la idea de una nación entendida en términos raciales. En los Estados Unidos, por ejemplo, más de la mitad de los judíos están casados y viven con no judíos. Por consiguiente, la opción racial como justificación para la construcción de un país especial no tiene mayor sentido y está destinada al fracaso.

Por otra parte, pretender establecer un país sobre bases puramente religiosas es como intentar volver a crear el Sacro Imperio Románico de Occidente: en una edad abiertamente materialista e irreligiosa, un país fundado en una doctrina cada vez menos aceptada y vivida por sus seguidores no puede presentarse ante los ojos del mundo más que como un proyecto esencialmente obsoleto, “demodé”, irreal. Cabría preguntar, por ejemplo, si en Israel o fuera de él los judíos siguen la Ley de Moisés a pie juntillas o si aplican en su vida cotidiana muchas de las recomendaciones que leemos en el *Levítico* o en el *Deuteronomio*. Una prueba de que estamos frente a una paradoja es la cantidad de israelíes que pura y simplemente no son religiosos ortodoxos, comen kosher por obligación, si nadie los están viendo se deleitan con el tocino, los hot-dogs y los filetes como cualquier americano común y son tan infieles como lo puede ser el mejor Casanova de nuestros tiempos. Siendo esto así, queda entonces claro que el plan sionista, que en sus inicios era omniabarcador y tenía un sentido definido de liberación y progreso moral, se fue convirtiendo paulatinamente en un proyecto esencialmente segregacionista, racista, excluyente y belicoso. Aquí hay que preguntar: ¿es o representa el sionismo en el sentido actual una ideología de todos los habitantes de Israel o de todos los judíos del mundo? Ciertamente no! El sionismo en la actualidad es simplemente la política de ese país que se llama ‘Israel’ y que es promovida básicamente desde los Estados Unidos. Pero esto es importante tenerlo en cuenta, porque significa que se puede ser anti-sionista sin por ello ser anti-semita. Anti-sionismo y anti-semitismo son dos conceptos que históricamente están conectados, pero que en la actualidad son lógicamente independientes. No se tiene, por lo tanto, por qué caer en el chantaje de que repudiar la política interna y exterior del estado israelí es ser anti-semita, un chantaje al cual (dicho sea de paso) no son inmunes ni siquiera los mismos miembros de las comunidades judías. Es claro, sin embargo, que sería hasta difícil visualizar una falacia mayor que esa.

En mi opinión, la política sionista es simplemente inaceptable. Israel es un país que alberga ciudadanos de primera y ciudadanos de segunda clase. Eso ningún ser humano en sus cabales puede con ecuanimidad aceptarlo. Para convencerse de que ello es así no habría más que examinar las leyes de propiedad, de agua, de naturalización, etc., del estado de Israel y constatar qué derechos tienen los árabes en ese país. No tengo la menor duda de que si se estuviera dispuesto a entrar en los detalles, sería imposible negar que el panorama jurídico que se contemplaría sería sencillamente horroroso. Se trata, por lo tanto, de una política en principio inaceptable para el resto del mundo. Claro que podría replicarse, por ejemplo, que la única diferencia entre el estado israelí y otro cualquiera, como el mexicano, es que el mexicano es más hipócrita que el israelí: aquí se reconoce el *status* del indígena, pero de hecho se le abandona a su suerte, en tanto que allá simplemente se jerarquiza en forma explícita a sus habitantes. Sin embargo, inclusive si así vemos las cosas, aunque en la práctica la situación del indígena y la del palestino sean equivalentes, por lo menos en principio, teóricamente, el indígena podría modificar su situación, progresar, llegar a ser presidente, como lo fue nuestro gran prócer Benito Juárez. En

cambio esa posibilidad le está vedada *a priori* al palestino. Ahora bien, en este punto la pregunta que no podemos dejar de hacernos es: ¿por qué el estado sionista puede seguir existiendo y aplicando impunemente una política tan execrable de degradación de lo humano? La respuesta es obvia: por la tremenda influencia que ejercen en sus respectivos países las comunidades judías, pero muy especialmente la de los Estados Unidos en los Estados Unidos. No es ni el lugar ni el momento para discutir el rol político del AIPAC o del así llamado ‘lobby judío’, pero es obvio que negar su casi omnipotencia sería infantil y una pérdida de tiempo. Dejando esto de lado, lo que por el momento quiero hacer es simplemente consignar que el primer super factor de desequilibrio permanente y de guerra continua en el Medio Oriente es, a no dudarlo, el sionismo contemporáneo. Hay, sin embargo, otro factor, sobre el cual quisiera decir ahora unas cuantas palabras.

IV) *Los árabes, el tiempo y la guerra*

Cuando los árabes dominaron el Mediterráneo se expandió por Europa una cultura avanzada, refinada, de múltiples manifestaciones culturales espléndidas: en arquitectura, en música y hasta en filosofía, en matemáticas y en las ciencias empíricas. Comparados con los cristianos de la época, por ejemplo, los árabes eran pueblos esencialmente limpios: en una época en que no había regaderas ni agua caliente, sus abluciones hacían de ellos seres pulcros, limpios, yo diría tratables, en tanto que debido a su suciedad los europeos se habían visto obligados a desarrollar, por ejemplo, la industria de la perfumería. Consideremos brevemente lo que pasaba con los europeos que llegaron a América. En sus recuentos, los vencidos dejan perfectamente en claro que los españoles eran gente que se bañaba una vez al año, individuos que apestaban de manera tal que los aztecas, por ejemplo, no podían ni siquiera combatir con ellos, dado que para vencer a sus enemigos tenían que abrazarlos y sacrificarlos y ello exigía un esfuerzo nasal tan grande que los indígenas, que no estaban acostumbrado a la pestilencia del cristiano occidental, tenían la batalla perdida de antemano y sucumbían. Sin embargo, esa posición de vanguardia cultural que habían ocupado los árabes durante la Edad Media se fue, por así decirlo, momificando. Europa y el mundo occidental en su conjunto evolucionaron en tanto que el mundo árabe se fue quedando, como congelado por el tiempo. Es por eso que todavía en los albores del siglo XXI hay entre los árabes reyes, nobleza, castas, privilegios, distinciones radicales entre hombre y mujer, entre adulto y niño. Aunque los procesos de democratización que se han vivido, en México por ejemplo, son sumamente imperfectos, de todos modos habría que admitir que lograron implantar en la mente del hombre común, del hombre de la calle, ciertas ideas importantes, como por ejemplo que todos somos iguales, que tenemos los mismos derechos, que un hombre no puede tener más que una esposa (ni a la inversa), de que no se pueden violar impunemente los derechos humanos de los ciudadanos, etc., etc. Mi tesis es entonces la siguiente: parte de la derrota

constante que el mundo árabe ha sufrido frente a la agresión sionista ha sido su no modernización pero no meramente militar sino social, esto es, el haberse mantenido con costumbres y tradiciones medievales en un mundo en donde cualquier gobierno o estado requiere de la incorporación y del apoyo masivo de sus ciudadanos para poder aplicar con éxito sus políticas. El triunfo israelí es, por lo tanto, en parte la expresión del triunfo de un país que tiene a su población unificada frente a otros cuyas poblaciones están, válgaseme la expresión, socialmente desunidas. Digámoslo claramente: países en los que un hombre puede tener más de una esposa no pueden vencer en un conflicto como el que prevalece en el Medio Oriente. Por ello, una de las grandes moralejas del conflicto árabe-israelí me parece que es precisamente que es sólo incorporando a las grandes masas en un movimiento social renovador como se generarán las fuerzas políticas sobre las bases de las cuales podrán emerger los nuevos técnicos, los nuevos científicos, los nuevos soldados. La guerra contra el sionismo no se puede ganar únicamente comprando aviones de la última generación. Desde luego que eso es importante, pero no hay que olvidar que, a final de cuentas, las guerras las ganan o las pierden los pueblos. Cuando los gobiernos de los países árabes modifiquen sus estados, modernicen sus legislaciones, incorporen a sus ciudadanos en un plano de igualdad, cuando el fanatismo religioso haya dejado de fungir como una plataforma desde la cual se atenta en contra de las libertades y de los derechos básicos de los individuos, cuando por los movimientos sociales naturales los pueblos árabes plenamente incorporen a la mujer al trabajo, con los mismos derechos y prerrogativas que los hombres, etc., etc., entonces y sólo entonces el mundo árabe estará en posición de vencer al imperialismo sionista.

V) *Conclusiones*

Si no estoy equivocado, sionismo contemporáneo y medievalismo árabe son los dos factores fundamentales de la desastrosa e injustísima situación que prevalece en el Medio Oriente y que en particular afecta a los palestinos y al pueblo iraquí. Que ello sea así ofrece entonces dos perspectivas de solución. Por una parte, el que la sociedad árabe se renueve implicaría que el pueblo palestino finalmente recupera parte al menos de su territorio y construye un nuevo país, que sería algo así como la Nueva República de Palestina. Comparado con lo que hay en la actualidad, que no son más que ciudades perdidas, sin agua, sin luz, sin hospitales, sin escuelas, etc., es obvio que esa solución de dos países representaría un progreso. Pero si el sionismo fuera vencido, entonces lo que habría sería un solo país, llámesele como se le llame, pero un país en el que podrían vivir bajo las mismas leyes, con los mismos derechos y prerrogativas, todas las personas que allí habitaran, independientemente de su origen, religión, historia o situación financiera. Yo estoy seguro de que si se tratara de un país laico o, por así decirlo, normal, los palestinos no tendrían ningún inconveniente en vivir en Israel, siempre y cuando no se violaran sus derechos humanos, es decir, que se les respetaran sus títulos de propiedad, que pudieran tomar

parte en elecciones, que pudieran adquirir lo que quisieran, mudarse de una ciudad a otra cuando quisieran, etc., etc. Si en la actualidad ni siquiera podemos soñar con un mundo así, un mundo en el que musulmanes y judíos conviven en paz, como lo hicieron durante siglos en Bosnia-Herzegovina, por ejemplo, ello se debe a que vivimos, como lo habría dicho el gran pensador austriaco, Ludwig Wittgenstein, en una edad oscura, una época que cualquier maniqueo describiría como de triunfo e imposición del Mal. Cuánto tiempo habrá de durar todavía esta situación es algo que dependerá desde luego de los protagonistas en este escenario, pero también de lo que le lleve a la humanidad en su conjunto abrir por fin los ojos.